

Carta abierta al director de ARQUITECTURA

Querido Carlos:

He recibido tu carta en la que me pides que escriba algo sobre don Secundino de Zuazo Ugalde: don Secun, como le llamábamos cariñosamente en su despacho.

Recién acabada la carrera, don Pedro Muguruza Otaño me invitó a trabajar con él porque su padre había sido gran amigo de mi abuelo. En Madrid oí hablar de don Secundino, conocí sus obras y decidí intentar trabajar también con él. Recuerdo muy bien cómo lo conseguí.

Don Secundino era muy amigo de don Ramón Pérez de Ayala y por su hijo Juan, cuñado mío, tuve ocasión de conocerle. Estábamos merendando en su casa cuando me lo presentaron. Esperaba que don Secundino me hiciera algún caso por ser arquitecto, pero no fue así y después de saludarle no me habló más. Yo esperaba la ocasión propicia para pedirle que me dejara trabajar con él, pero la ocasión tardaba tanto que acabé de mal humor y, cuando don Secundino dijo algo sobre viviendas protegidas, le llevé la contraria con los argumentos propios de los que creen fácil arreglar el mundo con cuatro dogmas. Don Secundino me miró sin contestar y poco después yo volvía a casa de mi suegra furioso conmigo mismo, desesperado por mi impertinencia y sin la menor esperanza de trabajar con él.

Al día siguiente, cuando llegué a casa de mi suegra para comer, me dijeron que don Secundino quería verme. Fui en seguida a su despacho y no recuerdo lo que me dijo, pero desde aquel día trabajé con él hasta que volví a Barcelona y de él aprendí lo más importante de mi vida profesional.

Hace poco estuve cenando con mi amigo Vico Magistretti y, entre otras cosas, me dijo con énfasis varias veces: "Qui sa fare fá qui non sa fare insegnà". Don Secundino era una de las pocas excepciones que confirman esta regla. A él le debo, directa o indirectamente, todo lo que sé. El me enseñó a romper un proyecto terminado; él me enseñó a volver y volver a empezar; él me enseñó lo que era nuestra profesión y muchas cosas más.

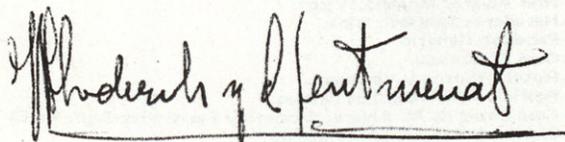
Me llamaba en guasa "la joven arquitectura" y, a pesar del trabajo que tenía, me hacía entrar con frecuencia en su propio despacho y allí me contaba infinidad de cosas sobre nuestro oficio y sobre todo lo divino y humano.

Me telefoneó cuando estuve en Barcelona hará quizás un año y tuve la alegría de verle y de hablar con él. Esta fue la última vez que le ví.

Mucho quiero a don Secundino, que no ha muerto para mí aunque no pueda ya volver a verle ni hablarle. Ya sé, querido Carlos, que esta carta no es lo que tú me has pedido, pero ya sabes también que no tengo facilidad ni simpatía por escritos ni discursos. Hay muchas más cosas que podría decirte de don Secundino, cosas que otros profesores pueden decir mejor que yo, además ya no soy profesor si es que lo he sido alguna vez.

Espero que esta carta te sirva para la revista, aunque sea, quizá, demasiado personal. A mí me servirá para expresar, una vez más, mi admiración, mi cariño y mi agradecimiento a don Secundino.

Te manda un fuerte abrazo.



J.A. Coderch de Sentmenat.